

triste acento, id en buen hora y ocupad esos mis alcázares en nombre de los poderosos reyes, á quienes Dios, que todo lo puede, ha querido entregarlos por sus grandes merecimientos y por los pecados de los musulmanes.» Y se despidió del prelado con ademán melancólico. Mientras el cardenal con su huerte proseguía su camino y hacia su entrada en la Alhambra, el rey moro cabalgaba seguido de su comitiva y bajaba por el mismo carril al encuentro de Fernando, que esperaba á la orilla del Genil, junto á una pequeña mezquita, consagrada despues bajo la advocacion de San Sebastian. Al llegar á la presencia del monarca vencedor el principe moro hizo demostracion de querer apearse y besarle la mano en señal de homenaje; pero Fernando se apresuró á impedirlo y contenerle. Entonces Boabdil se acercó y le presentó las llaves de la ciudad diciéndole: «Tuyos somos, rey poderoso y ensalzado; estas son, señor, las llaves de este paraíso; esta ciudad y reino te entregamos, pues así lo quiere Alá, y confiamos en que usarás de tu triunfo con generosidad y con clemencia.» El monarca cristiano le abrazó, y le consoló diciendo que en su amistad ganaria lo que la adversa suerte de las armas le habia quitado (1). Seguidamente el rey Chico sacó de su dedo un anillo, y ofreciéndoselo al conde de Tendilla, nombrado gobernador de la ciudad, le dijo: «Con este sello se ha gobernado Granada; tomadle para que la governeis, y Dios os dé mas ventura que á mi.» Despidióse el infortunado principe con su familia, dejando á todos enternecidos y profundamente afectados con esta escena. En las inmediaciones de Armilla se presentó la triste comitiva á la reina Isabel, que además de recibirla benigna y afable, restituyó á Boabdil su hijo que formaba parte de los jóvenes nobles que se habian dado en rehenes en octubre. La desgraciada familia prosiguió escoltada hasta los reales de Santa Fé, donde ocupó Boabdil la tienda del gran cardenal, á cuyo hermano, adelantado que era de Córdoba, habia encomendado el rey el servicio y esmerada asistencia del principe moro. —Reinaba en Granada pavoroso silencio. La reina Isabel, que colocada en una pequeña eminencia

(1) Comdes, Domin, es último, a equitativo lo oijb

cia no apartaba sus ojos de las torres de la Alhambra, sentia latir su corazon de impaciencia al ver lo que tardaba en ondear en el palacio árabe la enseña del cristianismo. En esto hirió su vista un resplandor que bañó su pecho de alegría. Era el brillo de la cruz de plata que Fernando llevaba en las campañas, plantada en la torre llamada hoy de la Vela. A su lado vió tremolar el estandarte de Castilla y el pendon de Santiago. «Granada, Granada por los reyes D. Fernando y doña Isabel!» gritaron en alta voz los reyes de armas. El júbilo se difundió por todo el ejército. Salvas y vivas resonaron por toda la vega. Isabel se postró de rodillas mirando á la cruz; el ejército hizo lo mismo; los prelados, sacerdotes y cantores de la Real capilla entonaron el *Te Deum laudamus*, nunca cantado con mas devocion y fervor, ni en ocasion mas grande y solemne. Incorporáronse la reina y el rey, y dando á besar sus Reales manos á los nobles y capitanes que les habian ayudado á terminar tan grande empresa, procedieron á posesionarse de la Alhambra, á cuyas puertas los aguardaban ya el cardenal Mendoza, el comendador Cardenas y el alcaide Aben-Comixa. El rey entregó las llaves de Granada á la reina, la cual las hizo pasar sucesivamente á las manos del principe D. Juan, del cardenal y del conde de Tendilla, nombrado gobernador de la ciudad y del alcázar. «Las damas y los caballeros, dice un erudito escritor, discurrían embelesados por aquellos aposentos de alabastro y oro, aplaudiendo los sutiles conceptos de leyendas y versos estampados en sus paredes y esplicados por Gonzalo de Córdoba y otros personajes peritos en el árabe.»

Todavía los reyes no entraron aquel dia en la ciudad; sin duda no pareció conveniente efectuarlo «antes de estar, para mayor seguridad, dice Mariana, apoderados de las puertas, torres, baluartes y castillos.» Volvieronse pues Fernando é Isabel á los reales de Santa Fé, para desde allí disponer la entrada triunfal que se verificó el 6.º dia de la Epifanía. «Esta entrada, dice Lafuente, se hizo con la solemnidad correspondiente á tan gran suceso. Seiscientos cristianos, arrancados á la esclavitud y sacados de las mazmorras, iban delante llevando en sus manos los hierros con que habían estado encadenados y cantando letanias y

alegres himnos. Tras ellos marchaba una lucida escolta de caballeros, cuyas limpias armas y bruñidos arneses deslumbraban la vista. Seguía el principe D. Juan vestido de toda gala, y acompañado del gran cardenal Mendoza y del obispo de Avila, electo de Granada, Fr. Fernando de Talavera, ambos en mulas con sus ropajes sagrados. A los lados de la reina marchaban sus damas y dueñas con sus mas ricos y vistosos paramentos; cabalgaba el rey en un soberbio caballo, circundado de la flor de la nobleza castellana y andaluza; y cerraba la marcha el grueso del ejército al son de marciales cajas, pifanos y trompetas, ostentando los estandartes de los grandes y de los concejos. Entró la solemne procesion en Granada por la puerta de Elvira, recorrió algunas calles y plazas, y subió á la Alhambra, donde los reyes se sentaron en un trono que en el salón de Comares les tenia preparado el conde de Tendilla, y terminó la ceremonia dando á besar sus manos á los nobles y magnates de Castilla y á los caballeros moros que quisieron rendir homenaje á los nuevos soberanos. «En los templos, añade Mariana, que para ello tenían aderezados, cantaron himnos en accion de gracias; capitanes y soldados á porfia engrandecían la magestad de Dios por las victorias que les dió unas sobre otras, y los triunfos que ganaron de los enemigos de los cristianos. Los reyes D. Fernando y doña Isabel con los arreos de sus personas, que eran muy ricos, y por estar en lo mejor de su edad, y dejar concluida aquella guerra, y ganado aquel nuevo reino, representaban mayor magestad que antes. Señalábanse entre todos, y entre si eran iguales; mirábanlos como si fueran mas que hombres, y como dados por el cielo para la salud de España.»

«Así acabó, dice Lafuente, la guerra de Granada, que nuestros cronistas no sin razon han comparado á la de Troya por su duracion y por la variedad de hechos históricos y de dramáticos incidentes que la señalaron. Y tal fué el feliz desenlace de la larga, penosa y admirable lucha sostenida por cerca de ocho siglos entre españoles y sarracenos, entre el Evangelio y el Corán, entre la cruz y la cimitarra. Acabó el imperio de Mahoma en los dominios de Occidente; España es libre y cristiana, y los Reyes Católicos Fernando é Isabel

han visto cumplidos sus deseos y coronada su obra.»

Así acabó, dice el autor arábigo, el imperio de los musulimes en España. «el dia 5 de Rabie primero del año 897.»

«Nos llegados al puerto, dice Mariana, y puesto fin á este trabajo, calaremos las velas y haremos fin á esta escritura en este lugar. Concluyo con decir que con la entrada de los reyes en Granada, y quedar apoderados de aquella ciudad, los moros, por voluntad de Dios, dichosamente y para siempre se sujetaron en aquella parte de España al señorío de los cristianos, que fué el año de nuestra salvacion de mil y cuatrocientos y noventa y dos, á seis de enero, dia viernes; conforme á la cuenta de los árabes, el año de ochocientos y noventa y siete de la Egira, á ocho del mes que ellos llaman Rabib Haraba. El qual dia, como quier que para todos los cristianos por costumbre antigua es muy alegre y solemne por ser fiesta de los Reyes y de la Epifanía, así bien por esta nueva victoria, no menos fué saludable, dichoso y alegre para toda España, que para los moros aciago; pues con desarraigar en él y derribar la impiedad, la lengua pasada de nuestra nacion y sus daños se repararon, y no pequeña parte de España se allegó á lo demas del pueblo cristiano, y recibió el gobierno y leyes que le fueron dadas; alegría grande de que participaron asimismo las demas naciones de la cristiandad. En particular se escribieron en esta razon cartas al Pontífice Inocencio y á los reyes; y despachó embajadores que les diesen aquellas nuevas tan alegres y avisasen que la guerra de los moros quedaba acabada, muertos y sujetos los enemigos de Cristo, puesto el yugo á Granada, ciudad antiguamente edificada y soberbia con los despojos de cristianos. En conclusion, que toda España con esta victoria quedaba por Cristo Nuestro Señor, cuya era antes. Las ciudades y provincias, así las comarcas como las que caian lejos, festejaban esta nueva con regocijos, fuegos y invenciones. Así hombres como mujeres, de cualquiera edad ó calidad que fuesen, acudian en procesiones á los templos, y postrados delante los altares daban gracias á Dios por merced tan señalada. Estaba Roma alegre por las paces que tres dias antes se asentaron entre el Pontífice y los re-

yes de Nápoles, quando llegó de España, primer día de febrero, Juan de Estrada, embajador del rey don Fernando, y con la nueva de aquella victoria colmó y aumentó la alegría pasada. Para muestra de contento y para reconocer aquella merced por de quién era, el Papa, cardenales y pueblo romano ordenaron y hicieron una solemne procesion á la iglesia de Santiago de los españoles. Allí se celebraron los oficios, y en un sermón á propósito del tiempo, alabó el predicador, y engrandeció, como era justo, á los reyes y toda la nacion de España, sus proezas, su valor y sus victorias notables.»

El mismo Mariana, antes y despues de estas palabras que acabamos de trascribir, hace un elogio de los reyes Fernando é Isabel; elogio que pues nuestro autor tanto acrimina en otro lugar al rey Fernando, según ya oportunamente corregimos, y cita para ello al P. Mariana, plácenos trascribir aqui, además de lo que allí en nota dejamos copiado del mismo Mariana. Este, pues, en seguida de referir la entrada de los reyes en Granada y el entusiasmo con que los aclamaba la tropa, mirándolos como enviados del cielo para la salud de España, añade: «A la verdad, ellos fueron los que pusieron en su punto la justicia, antes de su tiempo estragada y caída. Publicaron leyes muy buenas para el gobierno de los pueblos y para sentenciar los pleitos. Volvieron por la Religion y por la fé, fundaron la paz pública, sossegadas las discordias y alborotos, así dentro como de fuera. Ensacharon su señorío, no solamente en España, sino tambien en el mismo tiempo se estendieron hasta lo postrero del mundo. Lo que es mucho de alabar, repartieron los premios y dignidades, que los hay muy grandes y ricos en España, no conforme á la nobleza de los antepasados, ni por favor de qualquiera que fuese, sino conforme á los méritos que cada uno tenia; con que despertaron los ingenios de sus vasallos para darse á la virtud y á las letras. De todo esto, quanto provecho haya resultado, no hay para qué decirlo; la cosa por sí misma y los efectos lo declaran. Si va á decir verdad, ¿en qué parte del mundo se hallarán sacerdotes y obispos ni mas eruditos, ni mas santos? ¿dónde jueces de mayor prudencia y rectitud? Es así que antes destos tiempos pocos se pueden

contar de los españoles señalados en ciencia; de aqui adelante ¿quién podrá declarar quán grande haya sido el número de los que en España se han aventajado en toda suerte de letras y erudicion? Eran el uno y el otro de mediana estatura, de miembros bien proporcionados, sus rostros de buen parecer, la magestad en el andar y en todos los movimientos igual, el aspecto agradable y grave, el color blanco aunque tiraba algun tanto á moreno. En particular el rey tenia el color tostado por los trabajos de la guerra, el cabello castaño y largo, la barba afeitada á fuer del tiempo, las cejas anchas, la cabeza calva, la boca pequeña, los labios colorados, menudos los dientes y ralos, las espaldas anchas, el cuello derecho, la voz aguda, la habla presta, el ingenio claro, el juicio grave y acertado, la condicion suave y cortés y clemente con los que iban á negociar. Fué diestro para las cosas de la guerra, para el gobierno sin par, tan amigo de los negocios que parecia con el trabajo descansaba. El cuerpo no con deleites regalado, sino con el vestido honesto y comida templada acostumbrado y á propósito para sufrir los trabajos. Hacia mal á un caballo con mucha destreza: cuando mas mozo se deleitaba en jugar á los dados y naipes; la edad mas adelante solia ejercitarse en cetrería, y deleitábase mucho en los vuelos de las garzas. La reina era de buen rostro, los cabellos rubios, los ojos zarcos, no usaba de algunos afeytes, la gravedad, mesura y modestia de su rostro singular. Fué muy dada á la devocion, y aficionada á las letras, tenia amor á su marido, pero mezclado con celos y sospechas. Alcanzó alguna noticia de la lengua latina, ayuda de que careció el rey don Fernando por no aprender letras en su pequeña edad; gustaba empero de leer historias y hablar con hombres letrados. El mismo día que nació el rey don Fernando, según que algunos lo refieren (Marin. Siculo, lib. 9), en Nápoles cierto fraile carmelita tenido por hombre de santa vida dijo al rey don Alonso su tío: «Hoy en el reino de Aragon ha nacido un infante de tu linage: el cielo le promete nuevos imperios, grandes riquezas y ventura: será muy devoto, aficionado á lo bueno, y defensor escelente de la cristiandad.» Entre tantas virtudes casi era forzoso conforme á la fragili-

dad de los hombres, tuviese algunas faltas. El avaricia de que le tachan, se puede excusar con falta que tenia de dineros y estar enagadas las rentas Reales. Al rigor y severidad en castigar de que asimismo le cargan, dieron ocasion los tiempos y las costumbres tan estragadas. Los escritores estraños le achacan de hombre astuto, y que á veces faltaba en la palabra, si le venia mas á cuento. No quiero tratar si esto fué verdad, si invencion en odio de nuestra nacion: solo advierto que la malicia de los hombres acostumbra á las virtudes verdaderas poner nombre de los vicios que le son semejables, como tambien al contrario agradan y son alabados los vicios que semejan á las virtudes; además que se acomodaba al tiempo, al lenguaje, al trato y mañas que entonces se usaban. Emparentó con los mayores principes de todo el orbe cristiano, con los reyes de Portugal y Inglaterra, y duques de Austria. Tenia deudo con otros muchos, ca era tío de madama Ana, duquesa de Bretaña, hermano de su abuela materna, primo hermano de don Fernando rey de Nápoles, tío mayor de doña Catalina reina de Navarra, hermano asimismo de su abuela. En esto cargan sobre todo lo al al rey don Fernando, que sin tener respeto al parentesco, solo por la demasiada codicia de ensanchar sus Estados, los años adelante echó á esta señora y á su marido del reino que heredaron de sus antepasados y los forzó á retirarse á Francia: otros le excusan con color de Religion, y con la voluntad del Sumo Pontífice que así lo mandó, de que todavía resultaron grandes y largas alteraciones.» Y mas adelante añade: «Concluida la guerra de Granada con tanta honra y provecho de toda España, y echado por tierra el señorío de los moros á cabo de tantos años que en ella duraba; los reyes don Fernando y doña Isabel volvieron su pensamiento á nuevas empresas, mayores y mas gloriosas que las pasadas. Valerosos principes y grandes, pues ni de día ni de noche sabian reposar, ni pensaban sino como pasarian adelante, y por el camino que habian tomado, llevarian al cabo sus intentos muy santos que todos se enderezaban á la gloria de Dios y al ensalzamiento de la Religion cristiana; y no era razon que con la paz tan deseada de España su valor y grandeza de ánimo reposasen, ni que sus no-

bles soldados, que por causa de las guerras pasadas tenian muchos y muy señalados, con los deleites y el ocio, fruto muy ordinario de la abundancia y prosperidad, se marchitasen; antes, que pues sus en tierras no quedaba en qué mostrar su esfuerzo, los empleasen lejos dellas, y los enviasen á conquistar gentes y reinos estraños, como sucedió al presente: camino y traza por donde el nombre y valor de España conocido de pocos, y apretado dentro de los angostos términos de España, en breve pasó tan adelante, que con gran gloria suya se derramó, no solo por Italia y por Francia y Berbería, sino llegó hasta los últimos fines de la tierra, de manera que de Levante á Poniente no quedó parte alguna do no hayan puesto los trofeos y blasones de sus victorias y esfuerzos.»

Pero basta. Júzguese por lo que acabamos de copiar el aprecio que deba hacerse de las duras calificaciones que tan á menudo prodigaban Berault y Henrion al rey Fernando. Prosigamos nuestra tarea.

Mucho nos hemos estendido en reseñar la guerra de Granada; pero habiendo dado en el apéndice del tomo anterior estensos pormenores acerca de la entrada de los moros en España, nos parecia mal dejar de darlos tambien acerca de su salida y de la conclusion de su señorío en nuestra patria. Réstanos ahora, en cumplimiento de lo que habemos ofrecido, añadir algunos acerca del descubrimiento del Nuevo-Mundo.

«Cómo habian de pensar los conquistadores de Granada, dice Lafuente, que la metrópoli del imperio musulmico español que acababan de ganar para el cristianismo habia de ser una adquisicion insignificante en comparacion de las inmensas posesiones que allá en otro mundo habian de conquistar sus armas, y con que habian de enriquecer la corona de Castilla? ¿Y cómo habian de pensar en las conquistas de otro mundo, si ignoraban que este mundo existia? Y sin embargo, habia este mundo, que la Providencia tenia destinado á engrandecer la nacion que mas que otra alguna del globo habia luchado con heroismo, con constancia y con fé contra los enemigos de la Religion y del nombre cristiano. ¿De dónde habia de venir y quién habia de obrar este prodigio que nadie esperaba?»

«La empresa mas memorable, dice Mariana, de mayor honra y provecho que jamás sucedió en España, fué el descubrimiento de las Indias Occidentales; las cuales con razon por su grandeza llaman el Nuevo-Mundo; cosa maravillosa, y que de tantos siglos estaba reservada para esta edad.»

«Un hombre oscuro y poco conocido, dice el señor Clemencin en su elogio de la reina Isabel, seguia á la sazón la corte. Confundido en la turba de los importunos pretendientes, apacentando su imaginación en los rincones de las antecámaras con el pomposo proyecto de descubrir un nuevo mundo, triste y despechado en medio de la alegría y alborozo universal, miraba con indiferencia y casi con desprecio la conclusión de una conquista que encia de júbilo todos los pechos y parecia haber agotado los últimos términos del deseo. Este hombre era Cristóbal Colon.»

Colon era natural de Génova, como él mismo lo dice, en el documento que contiene la fundación de su mayorazgo, con estas palabras: *Della quale città di Genova io sono uscito, e nella quale sono nato.* Su verdadero apellido parece ser Colomb ó Colombo, latinizado por él al principio en *Columbus*, que luego le alteró en *Colonus*, abreviándole luego en *Colon* cuando vino á España para acomodarle á la lengua española. Era hijo de un cardador de lana, industria que en aquella época no era reputada innoble en la república de Génova; sus dos hermanos Bartolomé y Diego que después tomaron tanta parte en sus trabajos y sus glorias, eran menores que él. Aunque desde niño le dedicó su padre al estudio de la latinidad, de las matemáticas y de la geografía y astronomía en la universidad de Pavia, su genio le inclinaba con ardor á la ciencia geográfica y á la náutica. Así pues hizo varias expediciones navales por el Mediterráneo, y parece estuvo ya encargado de arriesgadas empresas náuticas con motivo de la guerra de Nápoles producidas entonces por las pretensiones de los duques de Anjou. Ello es que cuando en 1470, bien á consecuencia de un terrible combate naval, según unos, de un naufragio según otros, ó llevado de su instinto ó conducido por la Providencia, arribó á Lisboa, entonces centro de atracción para los geógrafos y navegantes de todo el mundo,

no era ya Colon un marino vulgar. Hallábase entonces en el vigor de su vida, pues contaba 34 años de edad, y casó allí con la hija de un piloto italiano (llamada Felipa Muñiz ó Moñis de Palestrello), famoso navegante del tiempo del príncipe Enrique y gobernador de la isla de Puerto Santo. Como la viuda de este observaba en el yerno tanta afición á los estudios marítimos, le entregó todos los papeles, cartas, diarios, apuntes é instrumentos que de su difunto esposo le habian quedado. Fueron estos para Colon un verdadero tesoro, pues por ellos conoció las navegaciones de los portugueses, sus planes y sus ideas, y su lectura y estudio le ayudaron á discurrir sobre la navegación por el Occidente y la India y le excitaron á viajar con los portugueses por las costas de Guinea y de Etiopía. Vivió luego algún tiempo en la isla de Puerto Santo, donde su muger habia heredado algunos bienes, y allí tuvo á su hijo Diego. Cuando no navegaba se empleaba en hacer cartas geográficas, que luego vendia y con cuyo producto atendia al sustento de su familia, y con lo que iba adquiriendo grande reputación de entendido cosmógrafo entre los sabios, siendo uno de estos el docto florentino Pablo Toscanelli, cuya correspondencia le fué utilísima y el cual contribuyó poderosamente á alentarle en sus estudios y en los grandes proyectos que ya traía Colon en su mente; y quizá fué él también quien le dió á conocer las magníficas y maravillosas narraciones del veneciano Marco Polo, que entonces se consideraban como fabulosas, acerca de las opulentas regiones del Asia, de Cipango y de Cathay, de los países del oro y de las perlas.

«Ellas, dice Lafuente, ayudaron á Colon á fijarse en el pensamiento de llegar por el Occidente á las costas de Asia ó de la India, como él la llama siempre, suponiendo estenderse aquella parte del globo hacia Oriente hasta comprender la mayor parte del espacio desconocido. Diferentes especies de razones servian de fundamento á Colon para creer que hubiese tierras desconocidas en Occidente; y que el mar interpuesto entre el mundo antiguo y el que imaginaba, fuese posible y tal vez fácil de atravesar. Apoyábase en las vagas opiniones de Aristóteles, de Estrabon, de Tolomeo, de Plinio, de Séneca

ca y otros autores antiguos sobre la redondez de la tierra. Recogia con avidez cuantas noticias, datos ó indicios suministraban los pilotos y navegantes que habian pasado mas allá de las Azores. Pero el principio en que fundaba principalmente su teoría era la esferoide del globo y la existencia de los antípodas. Si la tierra es esférica, decia, se podrá pasar de un meridiano á otro, ya en dirección de Oriente, ya en sentido inverso, y ambos caminos serán complemento uno de otro; de modo que si uno pasa de ciento ocho grados, el otro será mucho menor. Así que dos felices errores, el de la extensión imaginaria del Asia hacia el Oriente, y el de la supuesta pequeñez de la tierra, le conducian á una verdad, y como dice uno de sus doctos biógrafos, el atractivo de lo falso le llevaba hacia lo verdadero. De todos modos Colon intentó penetrar uno de aquellos misterios de la naturaleza, que entonces se hacian increíbles, aun supuesta la redondez del mundo, no descubiertas aun las leyes de la gravedad específica y de la gravitación central. Y tan pronto como estableció su teoría, se fijó en ella con toda la resolución de un hombre de genio que tiene fe en sus cálculos, lo cual unido á su profundo sentimiento religioso le hacia mirarse como un hombre destinado por Dios para cumplir altos designios.

»Fijo en su grande idea, y aprovechando la feliz oportunidad con que se descubrió la aplicación del astrolabio á la navegación, pero falto de recursos, propuso al rey don Juan II de Portugal, en cuya corte tanto se protegian las empresas náuticas, que si se le suministraba hombres y bajeles, emprenderia el descubrimiento de un camino mas corto y directo para la India, marchando via recta al Occidente á través del Atlántico. El rey le oyó, y consultó la proposición con una junta de personas inteligentes, la cual calificó su pensamiento de quimérico y extravagante, y condenó su proposición por insensata. Con todo, no faltó quien al ver al monarca poco satisfecho del dictamen de la corporación, le propusiera que se entretuviese al marino genovés, en tanto que se enviaba sigilosamente un buque en la dirección por él indicada, para cerciorarse de los fundamentos de su teoría, cuyo buque salió, y regresó después de haber pasado las Azores, sin resultado alguno, lo cual sirvió

para acabar de ridiculizar el proyecto de Colon. Indignado este de la superchería, y no ligándole ya lazo alguno con aquel reino, pues habia perdido á su esposa, abandonó secretamente á Portugal, llevando consigo á su hijo Diego, reducidos ambos á la mas extrema pobreza.

»No se sabe si fué entonces ó antes cuando hizo Colon igual ofrecimiento á Génova su patria, donde no tuvo mas feliz acogida, y donde recibió también una repulsa igualmente desdenosa. Lo cierto es que desechado su plan en ambos países volvió su vista á Castilla, donde los genoveses habian sido de muy antiguos tiempos muy generosamente favorecidos, y determinó buscar amparo en los reyes de Castilla, que tenian fama de amantes de grandes empresas y de protectores de la marina y del comercio.

»A la puerta del convento de religiosos franciscanos de la Rávida, distante media legua escasa de Palos, pequeño puerto de Andalucía, llegaron un día dos viajeros á pie, pobremente vestidos, llenos de sudor y de polvo, el uno que parecia ya de edad madura, el otro jóven de corta edad, que mostraba ser hijo suyo, para el cual pidió al portero del convento pan y agua. Era el estío de 1485, y un sol ardiente abrasaba los campos de Andalucía. Mientras el niño tomaba aquel pequeño refrigerio, el guardian del convento Fr. Juan Perez de Marchena, que por allí pasaba, reparó en la magestuosa y grave presencia del viajero, en su mirada penetrante, espresiva y dulce, en su noble fisonomía, y hasta en su vestido, que aunque pobre y estropeado por el polvo y las fatigas de un largo viaje, revelaba cierta elegancia que no era de un hombre vulgar. Acercóse á él, le habló con dulzura, se informó de los antecedentes de su vida, y entonces supo que los huéspedes de la portería eran Cristóbal Colon y su hijo Diego, que caminaban á la vecina ciudad de Huelva, donde residia un cuñado de aquel. Detúvolos el guardian, hombre tan piadoso como entendido, admirado y enamorado de la agradable é instructiva conversacion del extranjero, dándoles grata hospitalidad en el convento. Entendiéronse fácilmente el religioso y el peregrino. Este confió á aquel el secreto de sus grandiosos planes; y el P. Marchena, que tal